

mada? Qué precio el de tantos tormentos, y el de la vida en fin, y la muerte de un Dios? Pues toda esa inmensidad de meritos, todo ese infinito valor nos lo ha dexado por nuestro, para que nos valgamos de él à nuestro querer, como en siete cajas guardado en siete Sacramentos. Qué es esto? Todo el caudal infinito de un Dios está à nuestra voluntad? Está en nuestro querer el gozarlo? Pues quién dirá ya, que se le hace difícil ir al Cielo? Pecadores, toda esta misericordia infinita teneis patente: Justos, toda esta gracia teneis de vuestra mano: Hombres, dónde teneis el juicio, si en este lógro no se desvela vuestra atencion, no se despulsa vuestro amor, no se enciende en llamas vuestro agradecimiento?

Tres cosas en fin, dice Santo Thomás, quiso nuestra Vida Christo, que nos representáran sus Sacramentos, como señales (D.Th. 3. p. q. 60. art. 3.) la primera, *Signum rememorative* la memoria de lo pasado, de aquella Pasion de nuestro Redentor, que fue la que nos ganó tanto. La segunda, *Demonstrativum gratia presentis*, que nos representen la gracia, que aora en lo presente de esta vida por ellos recibimos. Y la tercera, *Prognosticum vita futura*, que nos apunten aquella gloria venidera, à que nos llevan. Allá, pues, subamos por los Sacramentos con nuestro Redentor triunfante: allá nos conduzca el Sacramento de la Eucharistia, que para eso, por prenda singular de la Gloria lo recibimos.

San Justino, Arzobispo de Conturbél, segun se refiere en su vida, (*Spec. Exemplor. verb. Ascens. Christi.*) habiendo, tal como anoche, acabado de cantar en su Iglesia los Maytines, quedóse allí contemplando el triunfo glorioso, que en este dia llevaba nuestro Redentor. ¡Qué fiesta habría en el Cielo! Qué regocijo entre los Angeles! Esto meditaba tan tierno, como ansioso de gozarlo, quando vió entrar por las puertas de la Iglesia un grande número de Mancebos hermosísimos, todos vestidos de blanco, y con coronas de oro en las cabezas. Llegóse uno de ellos, y hablandole cariñoso: Justino, le digo, Jesu-Christo te saluda, y te convida que te vayas ahora con nosotros à celebrar su triunfo, que somos todos Querubines, y Serafines, que venimos à llevarte. Oh, que convite! Pero el Santo Prelado, prevaleciendo à sus propios gozos el amor de sus ovejas: hoy no puede ser, respondió, porque he de predicar à mi Pueblo, y enseñarle cómo ha de subir, siguiendo à mi Señor al Cielo. Pues será el Sabado, le respondieron, dispone para ese dia. En tal dia como éste predicó à su Pueblo como pudiera un Angel; despidióse para su muerte con ternísimas lagrimas de todos; cayó luego enfermo, y llegado el Sabado, recibiendo los Santos Sacramentos con ternísimas demostraciones, acabando de recibirlos, en presencia de muchos que le asistían, se fue levantando con cama, y todo hasta el techo; volvió à baxar manfamente. Esto sucedió por tres veces, y vuelto luego à los presentes: Ya

veis, les dixo, el camino por donde voy, imítadme, si quereis seguirme, y con esto despidió su bendita alma. *Imítadme si quereis seguirme*, nos dice à todos hoy nuestra Vida Christo; y pues nos dexó en sus Santos Sacramentos todo los tesoros de su gracia, imitemosle con ella, para seguirle la triunfo de su Gloria. *Ad quam, &c.*

PLATICA II.

DE LOS EFECTOS ADMIRABLES, que hacen en el alma los Santos Sacramentos.

A 22. de Mayo de 1692.

Entre dos declarados enemigos no ha podido jamás el mundo hacer las amistades. No hay, ni ha habido hombre, que no discorra medios para unir estos contrarios: no hay quien no estudie trazas para juntarlos: no hay quien no ponga quantas diligencias alcanza, porque se den las manos; pero con todo eso, despues de tantos años, y aun siglos, en que cada uno, y todos juntos los hombres, con ingenios, trazas, ardidés, y artificios han procurado siempre hacer estas amistades; qué es lo que han conseguido? Ya lo dicen, y lo confiesan desesperados, que honra, y provecho no caben en un saco; en un saco? Yo añadiera, que ni en un mundo: esos son los dos enemigos, que por no querer unirse, son toda la affliction, y la fatiga de los humanos corazones. Deshece la honra, buscando estimaciones de fuera, lo que el provecho procura de conveniencias adentro: paga la honra con cuidados, y fatigas, lo que quiere lograr el provecho con comodidades, y descansos. Acaudala el provecho, la honra desperdicia: el provecho pone todo su cuidado en guardar, y esconder: la honra, toda su costa en parecer, y lucir. Por eso la honra rompe el saco, que tenia muy cerrado el provecho: ea, que no caben juntos. Oh, mundo! pues si tú no has sabido hacer que quepan en un saco, el Hijo de Dios ha hecho que la honra, y el provecho juntos quepan en un Sacramento, y en cada uno de los Sacramentos. Aquí sí, que à ningun costo se logra lo que vale mas que mil mundos, y à precio de ganar, se sube mas allá de los Cielos. Pues esto sí que es provecho, porque es honra: esta sí que es honra, porque es provecho, que honra sin provecho, es mentira: provecho sin honra, es daño. Alto, pues, à buscar en los Sacramentos el provecho, que es la mayor honra; y la honra, que es el mas seguro provecho.

¿Qué cosa son los Sacramentos? nos pregunta ya el Chatecismo, y responde: *Unos espirituales remedios, que nos sanan, y justifican.* Uno, y otro? Nos sanan, y nos justifican: ; Pues no bastaba li-

brarnos de las mas infames heridas de la culpa, en que naciamos esclavos viles del demonio, sino justificandonos, darnos tambien la suprema honra de hijos de Dios? Qué medicinas son estas tan prodigiosas, que recetan la salud, y dán la honra? De Trajano Emperador, por singular generosidad admiran las historias, que habiendo vencido en una batalla à Decebalo, Rey de Dinamarca, quedando muchos de sus Soldados heridos, y no hallandose paños con que curarlos, se quitó al punto el Imperial Manto, fue desgarrando en tiras la Púrpura, y embolviendó en esas vendas de sus Soldados las heridas. Del Magno Alexandro celebra la antigüedad, que herido en una pierna un Soldado suyo, llamado Lisimaco, deseó el gran Emperador de su salud, se quitó de las sienas la venda, que le formaba corona, y con ella le ató la herida. Dime, Soldado, dime, le preguntára yo, qué medicina es esta en que está la corona, ó qué corona, en que está la medicina? Qué es lo que aqui mas estimas, la salud que consigues, ó la honra que ganas? que ese remedio te cure la llaga, ó que esa venda te sublime à lo mas elevado de la honra? Muy mucho fuera solo procurarte el Rey la salud: qué será hacer que sirva para tu salud su corona? Quedas sano, eso bastaba para la dicha, y quedas mejor coronado, hasta dónde alcanza la gloria? Pero à quién digo esto, Catholicos? A aquel barbaro? No, que toda su honra fue viento, como toda aquella corona fue un juguete de la fortuna: tú, Christiano, que con llagas mortales, que con enfermedades horribles de la culpa llegas al Sacramento, donde no un Trajano, ó un Alexandro, que ya eítan ardiendo en el infierno, sino el Supremo Rey de los Cielos, el Emperador de las Eternidades, es el que de la Púrpura, no de su Manto, sino de su propia sangre, de la propia Corona de sus meritos, te forma las vendas, te aplica los remedios para darte la salud; qué salud es esta tan infinitamente estimable? qué honra es esta sobre toda estimacion suprema? Oh, espirituales remedios, que así nos justifican! Solo sanarnos de enfermedades tan mortales como las culpas, no havia precio con que estimarlo. Digalo el mas poderoso, que ya en las gargantas de la muerte con una enfermedad desesperada se halló; cómo pagará el verse libre? De un Pastor se refiere, que dormido en el campo se le entró por la boca una vivora, fue penetrando à las entrañas, despierta el miserable, con qué ansias! con qué congójas! Pensadlo allá. Qué haria para verse libre? Y qué hariais, si en esto os vierais? qué remedio? qué costos? Todo vuestro caudal os parecería nada, por echar tan infame, y venenoso huesped. Pues aguardad: Un fabio Medico entonces hace colgar à aquel por los pies; ponele la boca inmediata à una vasija de leche, y al olor de la leche la vivora al punto vuelve à salir, y dexalo libre. Tanto veneno con tanta suavidad? Con la leche se libra así de tan mortal ponzoña? Admirable remedio! Sí; pero à mal infinitamente mas terrible, celebrad mejor remedio en los Di-

vinos Sacramentos, en que la vivora mas venenosa del pecado sale del alma, y nos dexa libres, prevenida à la boca, no una vasija de leche, sino la misma Sangre derramada del Hijo de Dios. Así con tanta suavidad nos remedian los Sacramentos, así con tanta dulzura nos sanan. Pero, de qué manera nos justifican? Prosigue el Chatecismo: *Dandonos gracia interior por señales exteriores.* Este es todo el ser de los Sacramentos. Sacramentos, difinen los Doctores, son unas señales visibles, y exteriores de la invisible gracia que obran, y causan en el alma. Así proporcionó el Señor sus beneficios, de modo que à nuestros ojos aquellas exteriores señales avisen lo que nuestra Fé debe mirar en el alma en los interiores admirables, soberanos, y divinos efectos. Vemos allá humo, y sin ver mas, decimos: Allí hay fuego; por qué? Porque nos lo avisa aquella señal natural. Oímos la campana à tal hora, ó con tal toque, y al punto tocan à Sermon, tocan à Misa. Cómo lo sabes? Porque lo avisa aquella señal: que para esto han instituido los hombres. Pues así Dios ha instituido estas señales mas soberanas, que nos den à conocer este infinito beneficio de su gracia, que nos dá en sus Sacramentos, en que juntandose las cosas con las palabras, que es lo que dicen los Theologos, la materia, y la forma, haciendo entera la significacion, nos representan en cada uno de los Sacramentos con su proporción parecida, la gracia que nos dá. En el Bautismo el agua lava al cuerpo, esa es la materia: pero llegandose luego las palabras que hacen la forma, no pára ya en el cuerpo ese Baño Divino, sino que nos dice, que dexa pura, y limpia de todas sus manchas al alma. Así en las penitencias, confesadas las culpas, que son la materia, llegandose la absolucion, que es la forma, nos representa, y obra la interior dichosa libertad con que Dios nos dá por libres de las culpas, restituyendonos à su amistad; y así en los demas Sacramentos. Oh, señales dichosísimas, que no solo señalan, sino obran lo mismo que señalan; no solo significan, sino hacen lo mismo que significan! Señalan la gracia, y la obran con tan infalible certidumbre, que si de nuestra parte no ponemos el estorvo à la gracia, jamás, jamás se nos dexa de dar en los Sacramentos. Oh, que es punto de Fé éste, escrupulosos! Es de Fé, que siempre, siempre dán la gracia cierta, è infaliblemente los Sacramentos, si en el alma no hallan estorvo. Y qué estorvo es el que lo impide? Dirélo en otra Platica despacio; mas lo que yo sé es, que no son estorvos siempre vuestros escrupulos; para que por él os queráis privar de tanta gracia. Y ahora, mirad como no haria con infinitas ventajas la Omnipotencia, lo que en su modo ha podido conseguir, la humana industria. Qué es ver el artificio que en un relojillo de ruedas cifra los movimientos de los Cielos? qué quietud, parece que no se mueve la manecilla. Pues veisla? *Cum Caelo immota movetur.* Esa, que por

mas que le fixeis la vista, parece que no se me-nea, con todo el Cielo vá apostando à correr, le vá alcanzando los pasos al mayor de los Planetas. Llega en fin, y señala; qué señala? Las doce. Y qué suena allá dentro la campanilla? Las doce. Hay tall! Señala fuera lo que da dentro; señala las doce, dá las doce; pues levantad la vista à la mejor muestra del Amor Divino en los Sacramentos. Aquí sí que mejor compendiamos los Cielos, señalando lo que dán, y dán lo que señalan; de modo, que primero faltarán los Cielos, que esta muestra divina falte. Señalan en lo exterior, que vemos la gracia, è infinitamente, mas fixos que el reloj, dán la gracia en el alma. Así la Beata Maria Ogniacense, vió, al bautizar à un niño, apartarse de él al punto huyendo un ferocísimo demonio, y bajar à la criatura entre bellos resplandores el Espiritu Santo, rodeandola festivos los Angeles. Así, al estar ordenando San Remigio, se vió bajar del Cielo un rayo hermoso de luz, que asentado sobre su cabeza le dexó como un Sol resplandeciente, hallandose tambien su cabeza unguada de un oleo soberano. Mas para qué cito milagros à nuestra Fé? Basta que Dios lo diga.

Mas todavía para enseñarnos mas, pregunta el Catecismo: *¿Cómo pueden darnos gracia las señales exteriores?* Un poco de agua, por mas palabras que se le junten, cómo puede tener una virtud tan prodigiosa, que alcance à limpiarnos de la culpa? Unas palabras que no son mas que palabras, cómo pueden bastar para darnos la gracia? Sabeis cómo? Responde el Catecismo: *Por los meritos de Christo nuestro Señor aplicados en ellas.* De modo, que no es (claro está) por esas exteriores señales. No es por quien las pone, ò las dice, sea el que fuere, que debaxo de Dios nadie lo alcanzará. No es por quien las recibe, sino porque à esas exteriores señales dexó nuestra Vida Christo vinculados todos sus meritos. Dexó ya hecha la paga, hecho el costo, dexó obrado el remedio, solo con que se ponga esas señales. Efo es el dar los Sacramentos la gracia *ex opere operato*, que dicen los Theologos: Que haviendo ya hecho el costo todo nuestra Vida Christo, en virtud de aquellos meritos dexó en los Sacramentos la eficacia infalible para dar la gracia, si no hallan estorvo en el alma. Venid, (grita Iafas arrebatado à la vista de tan preciosos, y tan soberanos Myfterios) *Venite, mite absque argento, & absque ulla commutatione vinum, & lac.* Venid, comprad la leche, y el vino sin dar dinero; sin dinero, y comprar? Cómo puede ser? Que si es compra, ha de haver precio; será por cambio? Menos: *Et absque ulla commutatione.* ¿Pues cómo puede ser compra, si no se ha de dar ningun precio? Porque ya está pagado.

Explicome como puedo en punto tan delgado con este exemplo. Poned, que en la carestía, que padecemos, algun poderoso limosnero enviara veinte mil pesos à un Panadero, dicién-

dole, que ahí vá por delante la paga; y que à todos los pobres que llevaren cedula mia con tales palabras, les vaya dando tanto de pan. Qué acción fuera tan prodigiosa? Ahora, pues, llega el pobre con su cedula, le entregan al punto el pan. Y pregunto: ¿Este pan se lo ha dado el Panadero? No por cierto; lo compra. Cómo lo compra si no dá nada? Es verdad; pero lleva la cedula: ¿pues esa cedula puede valer lo que le dán? La cedula por sí sola no vale; pero la cedula con la paga hecha de antemano lo vale. Ya está pagado dirá, y dirá hien; de modo, que ni la cedula sola valdria nada sin aquella paga hecha antecedente; ni aquella paga aprovecharia al pobre, si no traxera esta cedula. Al caso, al caso: Todas las exteriores señales de los Sacramentos, miradas solo en sí, nada pueden, nada hicieran, nada nos valieran, si no fuera por aquella paga inmensa, que de antemano hizo nuestro Redentor con sus meritos, y con su Sangre, ligando estas señales à estos Sacramentos el logro dichosísimo de su gracia; pero juntas con aquella inmensa paga estas señales, obran en el alma la gracia, la hacen hija de Dios, amiga de Dios, y heredera de Dios, Templo de el Espiritu Santo, habitacion de toda la Santísima Trinidad, mayorazgo de la Gloria, amor de todos los Cielos, regocijo de todos los Angeles. Que todo, è finitito mas se cifra en la gracia santificante, que le dán. Y además le agregan todo el tropel hermoso de dones sobrenaturales, y virtudes infusas.

Mas fuera de esta gracia, que es la que justifica el alma, que es el principal efecto de todos los Sacramentos; tienen tambien por efecto cada uno de los Sacramentos otra especial gracia, que es la que solemos llamar gracia del Sacramento. Soleis reparar lo que se quieren entre sí dos casados, que bien avenidos están. Es la gracia del Sacramento, decimos, y bien. Esa gracia, pues, son unos especiales auxilios, que en cada Sacramento se le previenen al que lo recibe para darfe los Dios, siempre que llegue la ocasion de haverlos menester. Al bautizado especiales auxilios, ò para que conserve, ò para que procure recobrar la mejor vida de el alma, que en el Bautismo recibió. Al confirmado especiales auxilios, para que no se avergeñe de las acciones de Christiano. Al que se confiesa especiales auxilios, para que no vuelva à las culpas y así de los demás. Oh, gracia de los Sacramentos, cómo no te logramos! Dios tan à manos llenas à repararla, y nosotros tan à manos vacías à desperdiciarla? Ah, Catholicos, y que cuenta!

Por ultimo, tres de los Sacramentos tienen, fuera de la gracia, otro especialísimo efecto, que es imprimir en el alma una señal, una marca, un sello, que no se borrará jamás de el alma, mientras ella fuere, que será por la eternidad. Esa señal en el alma impresa es el carácter; y este imprimen solos los tres Sacramentos, el Bautis-

mo, la Confirmacion, y el Orden, y por eso estos tres no se pueden repetir, y se reciben una sola vez; porque en esa sola nos dexan ya en el alma la señal: (Oh, Dios!) ò que será la marca de nuestra mayor infamia en el infierno; ò será insignia resplandeciente de nuestra eterna honra en el Cielo: *In bonis*, dice Santo Thomás: *Ad eorum gloriam, & in malis ad eorum ignominiam. In his qui vice-runt ad gloriam, & in his qui sunt videti ad pe-nam.* (D. Thom. 3. p. q. 63. ad 3.)

En la Vida del prodigioso enamorado de Dios, y de las Almas San Phelipe Neri, se refiere, que visitandolo un Mancebo de solos diez y seis años en traje secular, (era esto antes que se publicaran los Decretos del Santo Concilio de Trento) hablandole el Santo viejo con la afabilidad que solía, volvió, y le dixo: Dime la verdad, Mancebo, ¿eres Sacerdote? El turbado, y corrido, le confesó, que sí lo era; pero que andaba en aquel traje, porque se havia ordenado de muy mala gana, y casi forzado de sus Padres; que lo havian hecho ordenar, porque gozara una renta muy copiosa. Ah, Padres, que hacéis ganancias de la Iglesia! Reduxolo el Santo. Pero cómo conoció (preguntaràn) que un muchacho de diez y seis años, vestido de secular, era Sacerdote? El mismo Santo lo dixo al Cardenal Francisco Maria Tarugi, que lo havia conocido por el carácter, que le vió resplandecer en la frente. Oh, señal! que en los bautizados todos, en los Confirmados, en los Ordenados, con su bella distincion en cada uno brilla, y resplandece, ò para eterna honra, ò para eterna infamia.

Esta es la honra, oyentes míos, y este es el provecho inmenso, que tenemos en los Sacramentos. Cómo lo estimamos? Cómo lo agradecemos? Ingo, Rey de los Vandalos, refiere Eneas Silvio, (Eneas Silv. cap. 20. Eur.) siendo él muy Cathólico, deseaba que lo fuesen todos sus vasallos; pero aunque eran Christianos ya todos los plebeyos, los Principes, y Señores grandes no lo eran. ¿Y qué hizo el Rey Ingo? Previno un gran convite; convidó à todos los Grandes, y Principes de su Reyno, y convidó tambien à los mas viles, y despreciados plebeyos. Llegó el dia señalado, fueron viniendo los convidados; pero qué lugar tendrian los pobres, y abatidos Christianos, à vista de tan grandes Principes? Yo lo diré: A la puerta del Palacio, allá en el zaguan hizo Ingo prevenir unas mesas muy poco aliñadas, y allí hizo, que se sentaran los Principes, y los Grandes; hizo que solo les firvieran un poco de pan seco, y duro; una poca de carne insulsa, y hedionda; y todo esto, y el vino en platos, y vasos de barro muy tosco. Y à todo esto, los plebeyos? Esos los subió consigo el Rey, se sentó con ellos à la mesa en un convite magnifico, de regaladísimas viandas, firviendoles en una baxilla de oro, plata, y piedras preciosas. Levantóse al punto el sentimiento, y quejas de los Principes, y Señores. Y entonces el Rey: Yo (les dixo) hago la estimacion de las almas; no de los cuerpos: vosotros, aunque Prin-

cipes, tenéis las almas vilísimas por las culpas. Estos, aunque plebeyos, pero lavadas sus almas con las aguas del Santo Bautismo, son en los ojos de Dios mas estimables, que todos vosotros. Bastó esto para que al punto todos aquellos Principes se hicieran Christianos. Oh, si bastara para que nosotros hicieramos un concepto sumo de lo que gozamos en los Sacramentos; en que sentados à la mesa del Supremo Rey de los Cielos, tenemos el provecho de sus infinitos regalos, y gozamos la honra suprema, que nos da en ellos con su gracia!

PLATICA III.

DE LA DISPOSICION CON QUE se deben recibir los Sacramentos.

Exortale à su frecuencia.

A 5. de Julio de 1692.

SI à mí me preguntaran, ¿cuál es la cosa mas facil del mundo? Sin mas detencion dixera, que el recibir un beneficio; y tanto mas facil, quanto el beneficio es mayor. Pues siendo así, ¿cómo qualquiera no conoce las dádivas, y los beneficios de Dios? En qué nos han desmerecido el que no queramos recibirlos? Entre los hombres vemos, que para dar ellos, es quando se ponen escusas, y se alegan dificultades; mas que para recibir se aleguen embarazos, y aun se finjan imposibles, solo con los dones de Dios nos fuced. Oh, qué competencia de la una parte tan benigna! Y ¡oh, qué porfia de la otra parte tan ingrata! Asombra solo el decirlo. ¿Pues qué será el hacerlo? No cabe en el entendimiento tan del todo ruin ingratitud. Mejor diré, no cabe en la mas irracional tosca brutalidad. Acude un perro al pan que le ofrecen; se mueve lo tardo de un jumento à la yerva que le proponen; y no se mueve el hombre à todo el Cielo, que Dios le franquea? Qué es esto, naturaleza humana, que no admities subit à ser poco menor que los Angeles, por ser aun menos que los brutos? Quién ofrecerá al enfermo la salud, que no la admita? Quién al pobre el socorro, que por no recibirlo se enoja? Quién al afligido el consuelo, que se niegue? Quién al cautivo la libertad, que la rehuse? Quién al mercader la ganancia, que la dexa? Quién al ambicioso la honra, que la repugne? Y quién à todos el beneficio, la comodidad, el gusto, que no lo abracen todos al punto? Pues si todo esto, è infinito mas, es lo que Dios nos está ofreciendo en sus Sacramentos, si así lo conocemos, y así lo confesamos: ¿por qué tantas excusas se alegan por dilatarlos? Por qué tantos imposibles se fingen por no recibirlos? Desmerecen los favores de Dios por ser